



Los resultados no oficiales de las recientes elecciones de Israel no ofrecen una variación considerable sobre la composición del parlamento anterior: seguirá gobernando la actual coalición, y a la cabeza del nuevo gobierno seguirá figurando Golda Meir.

que si el vencedor de las elecciones hubiese sido el Likud, este mismo hubiera tenido que proseguir las negociaciones de Ginebra y plegarse finalmente a lo que los Estados Unidos consideran conveniente. Porque nadie en Israel, salvo los fanáticos, puede creer que sin el apoyo de los Estados Unidos cualquier forma de existencia del estado de Israel sería posible ni ninguna guerra ganada. Lo que sí cuenta mucho es la manera actual de negociar con Estados Unidos.

Las conversaciones de Ginebra han continuado. Aún se mantiene la discusión sobre el punto previo de alejamiento de las tropas en las zonas de combate, dejando en medio una tierra de nadie de unos 30 kilómetros para evitar la multiplicación de incidentes que pudieran dar lugar a una batalla. Esta posibilidad no se ha excluido por ahora. Cuan-

do se consiga la separación de los ejércitos se tratará del regreso a los puntos de partida anteriores a la última batalla y al canje definitivo de prisioneros.

Sólo entonces, cuando todo ello esté suficientemente esclarecido, se podrá proceder a la verdadera negociación de fondo, la que deberá fijar las fronteras definitivas de Israel y las garantías suficientes para la supervivencia del estado judío. Pueden durar mucho tiempo; incluso años. El precedente de las negociaciones acerca de Indochina, que a pesar de haber llegado a un punto general de acuerdo tras años de discusión no han conseguido establecer la paz real en el terreno, es bastante adecuado. Y muy pesimista. Porque, por otra parte, la presión de los palestinos en la línea de los atentados de todas clases no va a ceder fácilmente.

■ J. A.

Los ConTem pora neos

«EDICTUM DE PRETIIS»

"¿Quién puede estar tan desprovisto de sentimientos humanos como para no ver que los precios immoderados se han extendido por los mercados de nuestras ciudades y que los hombres malvados sufrirían graves pérdidas si la abundancia volviese?". En el año del Se-

ñor 301, el Emperador Diocleciano —con su nombre de chotis o de jugador de baloncesto— definió así un problema que nos resulta conocido. "Son hombres —decía Diocleciano— cuyo propósito es destruir la prosperidad general para obtener beneficios usurarios, ruinosos para los demás. La avaricia cunde en el mundo entero...". El Emperador Diocleciano era un buen administrativista. Había dividido el imperio entre cuatro tetrarcas: dos Augustos —él, con una mano militar muy próxima, Maximiano: Júpiter y Hércules, gustaba de decir— y dos Césares subordinados. Tenía la mano dura. Le preocupaba la subversión. ¡Eso cristianos...! Pero Diocleciano se encontró de pronto con el problema de los precios y de la escasez.

Diocleciano tuvo una idea aparentemente genial: la congelación de precios y salarios. El "edictum de pretiis". Nadie la había tenido antes; cientos de gobernantes la tuvieron después. La siguen teniendo. Publicó una lista completa de aquello que no debía aumentar sus precios: la sal y el aceite, la miel, la carne y la caza, el pescado... Y los colegios, las peluquerías, los artesanos (¡en una época en que no había fontaneros!).

Un precedente. No ha dejado de verse como un espejismo típico del gobernante prohibitivo: aquello que no debe pasar, no puede pasar. Se prohíbe. Si aun así sigue pasando, es otra cuestión.

A Diocleciano le sucedió esta terrible aventura. Apenas promulgado el "edictum", aparecieron los acaparadores. Los productos marcados desaparecieron: bien para esperar tiempos mejores, bien para venderse "de estraperlo", según el término acuñado en España —y hoy, en desuso— para una situación parecida (nombre tomado del de una ruleta sospechosa con la que don Alejandro Lerroux quiso hacer un negociete sucio; y le costó el gobierno). La escasez aumentó. Las víctimas de la conge-

lación de salarios se encontraron con que lo que todavía no se llamaba su poder adquisitivo había disminuido más aún después del edicto. Comenzaron los motines. Diocleciano tuvo que inventar lo que hoy se llamaría una policía especial para la vigilancia de mercados, una admi-

nistración para el racionamiento y unas fuerzas del orden para contener los motines. Era, repito, un gran administrativista y un político severo. Pero este sistema represivo, extendido por todo el imperio —por todo lo que entonces se llamaba mundo—, resultó enormemente caro. Para sufragarlo, tuvo que aumentar los impuestos y crear nuevas tasas. Lo cual produjo un doble movimiento: la evasión de impuestos y la elevación de precios. Absorto en su tarea de prohibir lo que era imposible que se produjese, Diocleciano debió crear una policía especial de impuestos. Era dura: torturaba incluso a mujeres y niños para que confesasen las ganancias del padre de familia. Mantener esa policía requirió un nuevo aumento de impuestos, y el orden público necesitó un ejército más numeroso y mejor pagado. Cuando los así tasados vieron que era imposible la evasión, dejaron de trabajar. Abandonaron los campos, cerraron sus tiendas. Algunos huyeron: se pasaban a los bárbaros. Diocleciano pensó entonces que lo mejor era aumentar la policía de fronteras: así se impedía la huida de elementos productivos —un precedente de la "mano de obra extranjera"— y, al mismo tiempo, de evitar el contrabando. Lo cual requirió nuevos gastos; y nuevos impuestos, que iban a encarecer los precios.

Diocleciano comprendió que se trataba de una conjura montada en el exterior para destruir el imperio. ¡Los cristianos! El problema estaba —como ahora— en Palestina y en lo que de ella había venido. Pensó que lo mejor era matarlos. Y sucedió lo que la historia llama "la era de los mártires". Las gentes huían, se escondían, guardaban sus bienes. Y los precios aumentaron.

Cuatro años después del "edictum" Diocleciano dimitió. Y Maximiano con él. Pero Diocleciano ha pasado a la historia como modelo de economistas, como gobernante hábil y como hombre duro y firme, incapaz de tolerar maniobras ni subversiones.

POZUELO